

# CERVANTES

# Y LA LIBERTAD

**L**a especial circunstancia de que en un día como el de hoy, 23 de abril, muriera don Miguel de Cervantes Saavedra, llevóa España y países hispanoamericanos, al acuerdo de rendir homenaje a su memoria, instituyendo la fecha como el "Día del Idioma".

Cervantes falleció en 1616 en Madrid, con 69 años de azarosa vida, iniciada en el 1547 en Alcalá de Henares. Una vida plena de agitados hechos, felices algunos, amargos los más, que dejaron una estela visible y marcatoria de su paso por la tierra. La más conocida y profunda de esas huellas, fue, sin duda, "El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha", que le sobrevive lozanamente casi cuatrocientos años después de ser creado por la asombrosa imaginación de don Miguel. Ni siquiera el nacimiento de ese hijo inmortal fue feliz para su padre, ya que un personaje apócrifo quiso arrebatarse su gloria. Pero el Quijote de Cervantes, siguió creciendo para dicha del mundo castellano, consagrando en sus páginas la plena madurez de la lengua que naciera tímida unos seis siglos antes en el Reino de Castilla. A los 24 años de edad estaba peleando como soldado en la batalla de Lepanto, tal vez esgrimiendo la pluma en los breves descansos de la espada. La desdicha de perder su mano izquierda en el fragor de la pelea, tal vez permitió que el ejercicio de su mano derecha, en adelante, sirviera más para la pluma que para la espada. No fue la única batalla en la que salió malherido. Lo fue también en la más personal, que le hizo perder su libertad en manos de soldados turcos que lo aprisionaron en Argel relegándolo a largo cautiverio. Más tarde fueron batallas judiciales las que lo privaron de libertad, pues los alguaciles lo aprehendieron y encarcelaron abrumado de deudas. La peor fue la que lo volvió a la cárcel por un supuesto homicidio. Batallas fueron también las que libró con su esposa que se esmeró en amargar su matrimonio. Sin embargo, aún con el cuerpo encerrado en celdas o en la pobreza material, el espíritu de Cervantes continuó siempre libre, escribiendo libros con novelas, entremeses, versos, comedias y tragedias. Son explicables las frases que "el hombre de la Mancha" pone en boca de Don Quijote, y que dicen: "La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos. Con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre. Por la libertad, así como por la honra, se puede y se debe aventurar la vida".

HECTOR GONZALEZ V.

# Miguel de Cervantes y el día del idioma Español

MARIO NOCETI  
ZEREGA

El 23 de abril de 1616 murió Miguel de Cervantes en su casa de la calle del León de Madrid. Había nacido en 1547, por tanto, este año se cumplen 450 años de su natalicio. Vale recordar aquí que cada año, en ocasión de la fecha del deceso de tan ilustre escritor, celebramos el Día de nuestro idioma. Día elegido con sabiduría. La obra de Cervantes, en particular, el Quijote, le dan al castellano un sitial elevado, el más excelso entre las lenguas vivas.

Ya están en el pretérito absoluto esos caballeros de albas golillas, como los que nos pintara el Greco, patricios de negras capas, botas y espuelas, guantes y espada al cinto. Así debió vestir el Manco de Lepanto, el por mil razones privilegiado clásico, columna y dosel de nuestro idioma, cuya pluma imaginamos correr ágil y nerviosa sobre las cuartillas amarillentas del papel de esa época. Tinta y cacumen en abundancia como para abarcar sobradamente todos los géneros literarios, reconociendo, eso sí, que Calíope, musa de la poesía y de la elocuencia no fue con él todo lo generosa como quería. Autor de dramas, comedias y entremeses, aprovecha, con éxito, su largo cautiverio en Argel, donde experimentó los rigores de las mazmorras agarenas y conoció de modo tangible el ser y la esencia del alma musulmana. "El Gallardo Español", "El Trato de Argel" y "La Gran Sultana" (1615) transcurren en un ambiente morisco. El acierto dramático mejor logrado de Cervantes está en sus ocho entremeses. Don Miguel confiesa que colgará la pluma y su afán de escribir teatro cuando aparece Lope de Vega, "monstruo de naturaleza" como él mismo le apoda y que se alzó con la monarquía de la comedia.

Es en la novela donde Cervantes despliega toda la regia disposición de su imaginación y del profundo conocimiento de su época y de su gente... Están allí sus Novelas Ejemplares, doce en total. De ellas, los críticos destacan: "Rinconete y Cortadillo" y "El Coloquio de los perros". Para mi particular gusto, considero que "La Gitanilla" no le va en zaga a las ya citadas. En todas comprobamos la encantadora maestría para conducir a los lectores por laberintos de gratas sorpresas, de fotográficas descripciones. Casi es posible oler el ambiente en que se mueven los personajes ya sean buenos o malos, pícaros, cínicos o inocentes. Bulle la narración y se paladea el arte inigualado de usar el lenguaje, desplegando las galas de un vocabulario enjundioso y de figuras literarias logradas con la precisión con que el dardo da en el blanco. Se llega así a la fibra sensible del interlocutor.

He querido hacer estas consideraciones, pues Cervantes no fue hombre que hubiera hecho grandes estudios. Se valió de lo poco que le dio su posición social y estrujó lo que tenía como genio. A los 22 años sentaba plaza de soldado, primero con el Cardenal Acquaviva y luego con Miguel de Moncada, y de este último alistamiento derivó su fortuna a la más grande batalla que hayan visto los siglos, como dice cuando se refiere a Lepanto. Dice Ignacio Valente que, un campesino del Siglo de Oro, tenía un vocabulario más abundante y rico que un universitario de nuestros días. Basta leer a Cervantes para comprobarlo más todavía. Si se leyera realmente a Cervantes, se lograría elevar la calidad del castellano que decimos hablar y escribir. La perenne y siempre justificada pereza del latinoamericano, hace que los profesores dejen en la lista del olvido a los autores clásicos. Viene ahora de yapa, la aberrante embestida de Gabriel García Márquez, que envuelto en las sábanas de la gloria, se cree autorizado para descalificar y negar de la gramática. Sin gramática, toda la disciplina de un idioma se desbarata. La pereza no puede ser la justificación para echar al papelero lo que constituye el esqueleto de la lengua. Yo insisto: cuando los bárbaros se negaron a declinar la palabra latina y a conjugar los verbos, murió el latín. Si queremos la muerte del castellano, descuidemos la gramática.

Pero volvamos a Cervantes. ¿Qué diré yo del Quijote? Son tantas las plumas que escancia-

ron los tinteros para alabarlos, estudiarlos, investigarlos! Es el Libro digno de todo encomio, el más excelso de toda nuestra Historia Literaria. He de convenir con Dámaso Alonso que dice: "...es un libro, que es todo un tesoro de cambiante humor, que ha hecho contorsionarse en carcajadas a millones y millones de rostros humanos" pero, añade el mismo autor, que es un libro profundamente triste. A muchos nos hace llorar. Suelo abrirlo al azar. A menudo me deja serio y meditabundo. Muchas veces estallo en sonoras carcajadas de las que yo mismo me asusto, pero convengo también que deberíamos buscar la tumba de D. Quijote. No. Al decir de Unamuno, partir de D. Quijote porque "debíamos ir a buscar el sepulcro de Dios y rescatarlo de creyentes e incrédulos... y esperar allí dando voces de suprema desesperación, derritiendo el corazón en lágrimas, a que Dios resucite y nos salve de la nada".

Si profunda es la filosofía que encontramos en este Hidalgo que, como dice Unamuno, enloqueció para bien nuestro, no menos profunda y bella es la galería de personajes que podemos descubrir a lo largo de la obra. Está la obtusa personalidad de Sancho, en continua oposición con la sin igual insania de su amo. Están también todos aquellos personajes de la España del Siglo de Oro. Con las tijeras de la imaginación lo fue Cervantes recortando y dándoles acomodo en el transcurso de su obra: frailes, barberos, canónigos, pastores, venteros, ramerías y duquesas, titiriteros y comediantes, bachilleres y gente de la Santa Hermandad. No los creó, que allá estaban, toda una humanidad real, con sus vicios y virtudes, con sus locuras y sus corduras, con su desenfado o su arrogancia indomables. Dice alguno por ahí, que nada extraordinario ocurre en la extensa novela. Es la vida que transcurre, como "los ríos que van a dar a la mar". La gracia y el valor están en la forma de ir ensamblando todo con la misma singular paciencia y maestría con que un relojero va haciendo que calcen cada uno de los engranajes de tan complejo mecanismo. Admiro en el Quijote, esa España tan real y dura, como el implacable sol de la Mancha cayendo sobre la armadura del más absurdo caballero. Caballero paradójico, paradigma del idealista que sueña un mundo ya utópico e inalcanzable, vislumbrado en los espejismos de la Edad de Oro, en la que no existía ni lo tuyo ni lo mío... Es este caballero tan imaginario, abstracto e intangible que cobra una dimensión objetiva, se concretiza, adquiere carácter, personalidad, temperamento. Ninguno tan fantasmagóricamente impenetrable como D. Quijote. Ninguno tan singularmente humano. Se pone el sol en el horizonte de este siglo XX. Llamado "siglo de las luces", acaso por los fatales resplandores de dos guerras que aún pesan sobre la conciencia de la Humanidad. Y de otros errores que ofrecen las espectrales y dantescas llamas mucho más aterradoras que las hogueras de la cuestionada y mitificada Inquisición. Cervantes, en su obra, sigue ofreciéndonos, como dice un estudioso, una clara jerarquía de valores: la bacía del barbero que nos invita a realizar bien nuestro trabajo. El yelmo del caballero, que nos estimula a ser héroes. Y el halo lo aureola, que implica el más alto deber de todo hombre auténtico: la santidad. Al recordar el fallecimiento de Cervantes, estatuido como Día del Idioma Español, me uno a los que denuncian la invasión empalagosa y el sofisticado afán de expresarlo todo con léxicos sajonos. Me preocupa esa multitud de jóvenes que no leen ni estudian, pero que, al borde de una histeria colectiva, bailan y mascullan o hacen como que cantan en un inglés que ellos tampoco entienden. Nuestra escala valórica ha perdido varios peldaños. El vocabulario soez es ya un mal generalizado. Se ha perdido el amor por lo bello, por lo pulcro. Hay un culto por lo feo y lo grotesco al que la lengua materna no ha podido escapar. Que Cervantes, ángel tutelar de nuestro idioma, nos ayude a salir de tan tremenda decadencia.